

Motivos Literarios

II. Paula se manifiesta (o la vida te regala inesperados ejercicios de estilo)

Paula se manifestó después de cinco años en forma de correo electrónico que llevaba por título: «¿Llegará esto a algún lado?». Debo confesar que estuve muy tentado de responder con un rotundo ¿y a dónde va a llegar, Paula, si este es mi mail? Sin embargo, la prudencia se impuso y consideré cuál era la mejor forma de contestar. Presentemos el caso. Era una carta muy misteriosa. A medias codificada y a medias proyectiva (o proyectiva por codificada como se verá a continuación). Después de un lustro de no saber nada uno del otro me dedicó las siguientes líneas:

Pasaron cinco años... (como les dije allá arriba) y volví a abrir las letras no enviadas u olvidadas, las cartas al Castor (me obligó a llamarla así después de que le regalé un libro de Simone de Beauvoir, lo que me convertía en el bizco más famoso de la filosofía francesa, pero sigamos). Cualesquiera que sean las coordenadas donde hoy se encuentra ese escritor, que sepa que sus letras aún se leen.

¡Eso era todo! Como les prometí, misteriosa, ¿no? ¿Qué significaba que mis letras *aún* se leían? ¿Qué insinuaba ese adverbio de tiempo? ¿Era un correo de reencuentro o de despedida? ¿Por qué no escribir como una persona normal?: «Hola, Gabriel, sé que ha pasado mucho tiempo pero encontré tus cartas y me acordé de ti. Espero que estés bien. Te mando un saludo».

En estas dudas me encontraba cuando decidí llamar a mi amiga Diana para contarle lo que consideraba mi más recién-

te y tardía y patética victoria amorosa, patadas de ahogado, Ícaro al fondo de la pintura de Brueghel, el Viejo. Encendí un cigarrillo para aumentar el goce, toqué cinco veces una mesita porque, ustedes saben, toc..., toc..., toc..., el teléfono dio tono e inicié con un a que no sabes quién me acaba de escribir. Después de los saludos cordiales, el cómo has estado, bien y tú, todo normal, Diana me informó que Paula se había casado apenas tres semanas atrás con un ingeniero que daba clases en la UNAM. ¿Me había escrito tras su luna de miel? Aquí experimenté un perverso regocijo. De seguro no fue como el inicio del famoso cuento de Horacio Quiroga: «Su luna de miel fue un largo escalofrío», pero algo habría salido mal si había sentido la necesidad de escribirme. El balcón, los almendros que se veían desde mi ventana, el atardecer, todo me parecía más bello. Y, subiéndome al sillón de mi sala, aventuré varias hipótesis como si fuera Moisés sobre el Monte Sinaí, solo que con chanclas más cómodas y aire acondicionado.

Claro, comencé, se dio cuenta de su error y me está extrañando. Solté el humo. Quiere ponerse en contacto para mantener la vela prendida que no pretendo ser. Otra calada. Mi pecho se hincha. Al final salí ganando, ¿eh? Pero la risa torpe del otro lado de la línea fue desapareciendo detrás de una titubeante tos hasta convertirse en la réplica que nadie desea escuchar en esos momentos de gloria extemporánea: no, Gabriel, yo creo que se está mudando de casa, encontró las cartas y, como ahora está casada, se sintió segura de escribirte porque no vas a malinterpretar su mail. Igual le dio nostalgia y solo quería ver cómo estabas. No creo que quiera nada contigo. Aquí expulsé el humo, apagué el cigarrillo y me bajé del sillón que simulaba el monte bíblico. De verdad, ¿crees eso? Y, es lo más probable, a quién le importa. ¿Le vas a contestar? Aún no sé, respondí usando el

mismo adverbio de tiempo y con deseos de colgarle a Diana por haber sido tan descortés con mi diversión. Respóndele, pero no seas cruel, creo que dijo cuando yo ya estaba deslizando mi dedo hacia el botón rojo.

Entonces vino el silencio.¹ ¿Qué se dice en estos casos? ¿Qué había sucedido con los historiadores-con-libros-publicados por los que me cambió cuando era un estudiante de letras? Estará de acuerdo conmigo, querido lector, que recibir una carta así pone a pensar aunque sea un poquito al destinatario. Así que comencé a barajar mis opciones. Ser dulce y cordial era la primera. Descartado. Quedarse callado, la segunda. Pero un dentista me había advertido que si seguía con este estilo de vida, la punta de mi lengua se quedaría sin espacio suficiente para albergar palabras no dichas. Deseché la idea. Ser un hijo de puta también pasó por mi cabeza. El balón había quedado botando en el área chica y yo era Iniesta en el minuto 116 contra Holanda. Solo eran necesarios unos cuantos tecleados crueles y gol. Pero en ese momento —en realidad no sonó nada pero metámosle simultaneidad dramática al relato— comenzó a sonar *It's so easy to laugh, It's so easy to hate, It takes strength to be gentle and kind* de los Smiths y eché para afuera el balón.

¿Qué hacer? Si usted leyó con atención los preámbulos de este libro, recordará que cuando uno está sumergido (por no decir hundido) en la escritura, cualquier eventualidad, triunfo, tristeza o alegría, es carne de cañón para un nuevo relato. El ejercicio de utilizar la realidad como pretexto literario se incrementa si los profesores y amigos están todo el día con la cantaleta de debes ser más honesto con tus textos, Gabriel, basta de tanta referencia a los muertos y escribe sobre lo que te pasa. En esas ocasiones, yo quería responderles «dadme una

1 Wey... qué poca madre... me colgaste?! (Mensaje enviado por Diana: 17:32).

máscara y os diré la verdad», así, con la terrible españolización del aforismo de Wilde para irritarlos más. Pero me acobardaba y soltaba: ¿Y si no me pasa nada? Me miraban como a un extraño. ¿No sería mejor escribir sin tomarnos tan en serio? ¿Sobre una risita que nos despierta a la mitad de la noche? ¿Crónicas ficticias sobre sombras y mentiras? O, mejor, pura metaficción del lenguaje, a lo Macedonio, a lo Blanchot. Solo si sirve como símbolo de algo que te ha sucedido, me respondieron una vez antes de darme la espalda. De verdad que eran unos pesados, toda la semana dale-que-dale de ver gatos donde había liebres, y las metáforas y los signos, y el significado y el significante del pinshi Saussure. Así que para ser invitado a las siguientes fiestas, seguí sus consejos que tanto dolor de cabeza me daban y aproveché la ocasión para escribir sobre lo que me pasaba. Ni modo, se chingó Paula al mandarme un mail en un momento en el que yo estaba bajo la influencia de mis amigos.

Ahora bien, si no había entendido mal, tanto el mail como la crónica que había decidido escribir se reducían al uso desmedido de la honestidad. Pero esto acarreaba otro problema. Tenía tantos yos contenidos y acumulados en mí mismo que por un momento comprendí aquello de «habitar multitudes» que decía Whitman. ¿Cuál era el verdadero yo en esta situación? Estaba el yo al que aún le daba rabia que le hubieran puesto los cuernos. Estaba el pendejo que la había perdonado. El romántico que pensó que el amor podría sobrellevarlo todo. El agradecido por su cariño. El enojado consigo mismo. El indiferente que prefería el silencio. El superador que la había superado. El no pasa nada ya respóndele. El para qué si ya pasaron cinco años.²

Me gustaría contar que desde el principio tuve claro qué decir. Todo lo contrario. Por nervios o prudencia, comencé a

2 Contestaaaaaaaaa, carajo (Mensaje enviado por Diana: 17:45).

practicar posibles respuestas. Y, poco a poco, la numerosa sinceridad brotó en diversas variaciones. De pronto, me di cuenta de que había creado mis propios y necios *Ejercicios de estilo*, como el mismísimo Raymond Queneau. La diferencia radicaba en que el francés había utilizado la historia de un hombre que sube a un autobús, y yo, la respuesta que se da al correo de una ex novia. El suceso, al menos, me había servido para poner a calentar la escritura. No sé si podía juzgar a un mail como realidad. Pero funcionaba como pretexto literario. Y estas fueron las cabezas de la hidra que surgieron por andar pensando demasiado:

Cordial y distante

Estimada (nótese la educada frialdad que ejerce el adjetivo) Paula: tu correo me llega de sorpresa porque, en efecto, pasaron cinco años. Me alegra que todavía tengas mis cartas que encierran una bella época que pasamos juntos. Me encuentro bien y, espero, de corazón, que todo vaya muy bien para ti. Un abrazo.³

Cínico mexicano

No manches, Paula, que sigues leyendo esas cartas. Ya tíralas. En ese tiempo escribía muy mal. Si quieres te puedo recomendar unos buenos libros. Mira, las coordenadas donde me encuentro no me las sé. Pero el nombre de la ciudad es Barcelona. Te agradezco el cumplido de llamarme escritor aunque es algo impreciso porque todavía no publico ningún libro. Saludos.

³ Bueno, haz lo que quieras, pero me cuentas. Neta se pasa en escribirte recién casada. Ya me dio curiosidad qué querrá. Pero no te preocupes que no le voy a decir a nadie (Mensaje enviado por Diana: 18:50).

Dramático y decimonónico

Mi dulce y bella Castor: recibir tus lejanas letras, tras un lustro sin tener noticias del otro, me ha causado una gran felicidad y estupor. Me cuesta creer que aún conserves mis misivas. Pensé que las habías arrojado al fuego de la chimenea de tu casa. Sin embargo, mi corazón rebosa de alegría al constatar que están donde pertenecen: entre tus pálidas manos. Estoy bien y te pienso constantemente. Dame noticias tuyas. ¿Sigues estudiando Historia? Recibe estas letras como un beso ardiente en tu mejilla.

Recriminatorio y moralista

Paula, si quieres saber cómo estoy solo pregunta. No hay necesidad de ser tan rebuscada ni usar los nombres secretos que teníamos para dar golpes bajos. Estoy bien, gracias. Espero que estés bien. Pero considero que no es correcto que me escribas tres semanas después de casarte diciéndome que aún me lees. Además de que no sé qué chingados significa eso, creo que no deberías hacerle eso a tu esposo.

Metafórico y memorioso

En el ombligo de la noche, entre sueños y deseos, tu lenguaje se desplegó por mis ojos, húmedos de lejanía. Los castores corrieron de nuevo por el jardín de mi memoria. Y mis coordenadas pronto se precipitaron en un cielo estrellado. Aquí va mi aliento, como respuesta. Y unas lágrimas felices que aún te recuerdan.

Oficial y burlón

Por medio de la presente, tengo el gusto de informarle a usted que su carta llegó correctamente al destinatario que deseaba pues esta es su dirección de correo electrónico. Y

cualquier cosa que se envía a ese mail, generalmente llega. De igual forma, se confirma que, después de revisar un calendario certificado, en efecto, ha sucedido media década. Añado a esta breve introducción los siguientes puntos: en primera instancia, el destinatario tuvo la oportunidad de revisar con cuidado su breve relación y, después de encontrar un par de cuestiones enigmáticas, no le queda más que agradecerle su intención de ponerse en contacto. En segunda instancia, se desea aclarar que en ningún momento se pretende ser grosero al no responder sus dudas, pero por el momento y, como casi todo el mundo, el destinatario desconoce las coordenadas donde se encuentra. Dadas las razones anteriores, se le reitera el agradecimiento de su correo electrónico y se le envían saludos cordiales. Atentamente: el destinatario.

Cortazariano y enigmático

Mira, yo no sé, es terrible leerte cinco años después, entre letras no enviadas u olvidadas, se han quebrado cosas, llámalas años, frustraciones, olvidos, pero algo se ha resquebrajado, Paula, como la pequeñita línea que cuarteó la pared de la sala en la que tanto te gustaba echarte a leer, y que intentamos cubrir con un mapa de Europa que nos había regalado tu hermano, ¿recuerdas?, pero la línea era más terca y un día asomó su cuello por Irlanda y no nos preocupamos hasta que a España le salieron unas patitas y entonces ya era irremediable, ya había que resanar y acabar con la vida de esa línea con un brochazo.⁴

Preguntón y prudente

Paula, gracias por tu correo pero antes de saber qué responderte, me gustaría que me aclararas un par de cuestiones que

4 No mames que Paula te escribió??? Me acaba de contar Diana, pero no le digas que te dije (Mensaje enviado por Hernán: 19:01).

no entendí: ¿Qué significa que abriste las letras? ¿Por qué usas Castor y no Paula? ¿Por qué dices «cualquiera»? ¿Por qué dices «coordenadas»? ¿Por qué me llamas escritor? ¿Qué quieres decir con ese adverbio de tiempo?

Casual y positivo

Qué onda, Paula, ¿cómo andas? Sí me llegó tu mail. Qué chingón saber de ti, la neta. Y pues no sé qué decirte de las cartas pero qué padre que todavía las tienes. Por acá todo chido. Ando en Barcelona, ¿cómo ves? Ojalá que todo vaya súper bien donde estés. Te mando un abrazo. ¡Saludos!

Monosilábico y telegráfico

Paula. Gracias. Igual. Saludos. Cordiales.

Cuando cayó la tarde, me cansé de jugar al Raymond Queneau. Así que bajé a la tabaquería. Luego de fumarme un cigarrillo en la vereda de enfrente de mi edificio, sentí que perdía el interés en el asunto. Cuando volví a casa ya era de noche. Y tanto había tardado en saber cuál opción encerraba con mayor afinidad lo que quería decir, que contestar a esa deshora hubiera sido algo torpe y desganado. Además, a los fantasmas únicamente se les debe mirar de reojo, de lo contrario se corre el riesgo de despertarlos. Así que cerré gmail y pasé a otros asuntos. Al final de cuentas, quedó la fiel crónica de una respuesta que nunca llegó a enviarse.⁵

5 ¿Qué le contestaste al fin? (Mensaje enviado por Diana: 20:32).

Maravillosas ocupaciones

IV. La invocación de la tristeza

Hay una maravillosa ocupación que es difícil de comprender para muchas personas pero que a mí me parece fascinante. Algunos amigos que ya tienen fama de pintores y poetas —la mayoría mujeres— me han confesado en varias ocasiones que necesitan estar tristes para poder crear. El interés de esta revelación, nada rara en el mundillo artístico, radica en la forma en cómo llegan a este estado sombrío.⁶

—Mira —me dijo una vez Mirena—, los discos de Joy Division o Los Nocturnos de Chopin dejan de funcionar tarde o temprano. Ya me causan tedio. Lo mismo con las películas o libros. Así que para agitar un poquito las aguas, me pongo a molestar a mi novio. Me pongo medio perra, la verdad. Le recrimino un montón de cosas hasta que estalla y comienza a soltar groserías. Las primeras van al aire. Luego ya corrige el rumbo y las dirige contra mí. Siempre funciona. Cinco o diez minutos de re-

⁶ Esta aseveración solo tiene relevancia en el ámbito artístico, incluyendo espectadores o lectores que, a mayor aflicción del escritor, parecen más interesados en conocer su obra. El desmedido crecimiento en las librerías de la sección biográfica sobre poetas, actores, directores, músicos, etcétera, basta para confirmar la teoría. Pero en otras profesiones, la misma confesión tendría una repercusión si no alarmante, al menos inquietante. Imaginen a un arquitecto que les dice eso antes de cimentar la cocina de su casa. O cuándo han escuchado a un carpintero decir que solo construye sillas los días que se encuentra bajón de ánimo. ¿Con qué confianza asistiríamos al dentista si supiéramos de su adicción a la depresión?

cordarle sus defectos sexuales o familiares bastan para que se prenda de no mames. Entonces me saca mis trapitos también. Y, aunque por dentro estoy sonriendo, a los veinte minutos estoy chillando como loca. Él se va del departamento y ahí es cuando me pongo a trabajar. Mientras estoy triste todo fluye. Vieras los versos que escribí anoche.

—¿Y nunca le has confesado que nada más lo haces para crear?

—Nunca. Cuando vuelve estoy más tranquila y le pido perdón. Él también se disculpa, ¿sabes? Es medio pendejón pero tiene buen corazón. Cuando ve que tengo una docena de páginas nuevas sobre la mesa piensa que escribir me sirve para que se me pase la tristeza. En realidad es al revés, la tristeza me sirve para que se me pase la escritura. Y es que, ¿qué otra cosa puedo hacer, Gabriel? No tengo problemas económicos, ni de salud. No hay ninguna tragedia en mi familia. Ni siquiera de un pinche pariente lejano. ¿De dónde saco material para escribir? Tampoco me voy a ir de misionera a África para sufrir gratis.

Me quedé encantado con estas confidencias. Primero, porque el novio de Mirena nunca me cayó bien y me daba gusto saber que de vez en cuando lo afligiera sin motivos. Y, en segunda, porque el proceso me pareció interesante. Siempre he sido de los que necesitan una moderada dosis de felicidad para poder escribir. La pura molicie, como decía Ibargüengoitia. Eso de andar jugándole al poeta maldito sin deudas de la luz ni de renta, me parece una hipocresía.

—Deberías hacerlo algún día. Molesta a la Gaia para que veas lo que te sale. A ver si ahora sí escribes un cuento bueno, oscuro, de esos que calan la piel y se nota el sufrimiento en las letras. Y no tus mamadas de crónicas risueñas. Me tengo que ir porque ando enrachada y ahorita sale de trabajar mi novio. Pero inténtalo, vas a ver la diferencia.

Pasaron un par de días y las palabras de Mirena se quedaron como una mera anécdota que me causaba gracia. Porque yo había decidido que de ninguna manera utilizaría a Gaia para mis fines artísticos.

Me equivoqué, querido lector. La curiosidad fue mayor. Y, una tarde, mientras estábamos echados en el sillón y, que quede claro, como puro experimento literario, comencé la discusión tímidamente con un «¿te acuerdas de aquella noche en la que tú...?». ⁷ Sí, le saqué un tema del pasado. Un reclamo que ya habíamos acordado que estaba cerrado y superado. Y, cuando me di cuenta, estábamos envueltos en un torbellino de protestas. Muecas, reproches, manos a la cabeza, manos agitando el viento, manos empacando un puñado de ropa. Era demasiado tarde (o temprano, según se vea el caso) para pedir disculpas. Y yo, por dentro, me daba ánimos para continuar y alcanzar ese punto que me permitiría escribir un buen cuento, a lo Poe, a lo Hemingway. Así que la pelea subió de tono y aquí Gaia me soltó una concatenación de insultos y defectos míos que no voy a escribir porque fueron puras mentiras por el calor del momento. Pero los ojos se me aguaron.

—Pensé que eras diferente, Gabriel. Me voy para casa de mi mamá. No me busques hasta que se te pase lo pinche hijueputa —me soltó antes de azotar la puerta.⁸

Cuando me quedé solo, me sorprendí de la facilidad que había en mí para arruinar una buena tarde. Y no voy a negar que

7 Como se verá al final de este relato, hubiera sido mejor quedarme con estas palabras en la punta de la lengua y visitar de nuevo al doctor Barba para que me las extirpara. Seguro el procedimiento médico hubiera sido más barato y menos doloroso de lo que sucedió. La pulsión de sacrificar cosas por amor al arte nunca trae resultados favorables.

8 Las veces que Gaia se enojaba de verdad solía utilizar un insulto mexicano como escalón de otro colombiano. Quizá para que me quedara bien clarito.

en ese momento ya estaba arrepentidísimo de lo que había ocasionado pero el recuerdo de aquellos escritores que no habían observado la vida sino que la habían encarado me reconfortó. Había algo romántico, literariamente hablando, en explotar la tristeza para escribir. No importaba que uno mismo la hubiera provocado. Un balazo en el pie duele igual si uno mismo disparó o fue víctima de alguien más (dejando de lado la pena de formar parte del primer grupo, claro está).

Así que la noche se extendía ante mí. Me senté en mi escritorio. Y ni siquiera me limpié las lágrimas sino que las dejé correr por las mejillas para ver si tenían un efecto dramático en el cuento próximo a nacer. Lo único que conseguí fue mojar el bonche de hojas. Pero me pareció un buen augurio. Eran la evidencia física de la aflicción, del arte que brota del sufrimiento. Hasta que tuve que sonarme la nariz porque aquello ya se estaba convirtiendo en una inmundicia. Y mejor encendí la computadora.

Querido lector, estuve despierto hasta las cuatro de la madrugada enfrente de un archivo de word. No me salió ni una sola palabra. Y me fui a dormir sin cuento, sin novia y sin pertenecer a esa estirpe de escritores que convierten sus angustias en relatos memorables.

A la mañana siguiente llamé a Mirena, que me contestó con un dime rápido que estoy a la mitad de un poema que está fluuyendo. Le dije que no me volviera a dar consejos artísticos, que esa maravillosa ocupación no era para mí y colgué. Después de fumarme un cigarrillo en el balcón, salí a comprar los girasoles más bonitos de la florería y a buscar a Gaia para pedirle perdón.